
Nota del Director

La teología es una forma de interpretar la historia. Dialoga con otras: el mito, la filosofía, las crónicas, el lenguaje, las ciencias en general. Esta forma de interpretar la historia que llamamos teología se caracteriza por desarrollarse en la tensión de diálogos que se encuentran. Por un lado el diálogo abierto por Dios hacia el hombre. Un Dios que no vive solo en su eternidad, sino que es eterno encuentro y comunión y quiere serlo también en la finitud del distinto. El hombre es su imagen. Y es “otro”. Por eso este diálogo se radicalizará en la encarnación, donde Dios se hace su distinto para asemejarlo definitivamente a sí mismo.

Por otro lado, el diálogo de los hombres entre sí, que buscan, confrontan, se hermanan y se enfrentan. Caminan en la historia conociendo y conociéndose. La teología surge de la tensión entre estos diálogos: su fuente es Dios, pero su lenguaje es humano. Si la palabra se encarna, lo hace también en pensamiento. Luego de la encarnación no podemos concebir la verdad como algo abstracto que se resguarda de los procesos. Con la encarnación se revela también que la verdad es proceso, esto significa: develamiento progresivo, misterio, renuncia a la evidencia inmediata. En este sentido cerramos en este número nuestro aporte a la actualización de Medellín con una investigación realizada para nuestra Revista, desde el Departamento de Historia de la Iglesia de la Facultad, por los profesores Luis Liberti y Pablo Pastrone.

Nuestra Revista en este número 127 quiere dar cuenta de esto a partir de una serie de ricas colaboraciones que pulsan este sonoro acor-

de de la teología que suena en clave sapiencial y bíblica, patrística, en la recepción del magisterio, en la contemplación de las comunidades históricas concretas, en la toma de conciencia de que interpretar no es acoger en mi comprensión aislada, sino navegar en una nave desde la que se ven cosas diversas en un rumbo común.